

ÍNDICE

Prólogo.....	9
Agradecimientos	15
Justificación.....	17

Primera parte

HISTORIAS DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

Historias de la vida y de la muerte en los últimos 10.000 años.....	27
Del Homo habilis a Madame Bovary.....	27
La muerte, la guerra y la imagen.....	36
El sexo y la muerte como tabúes.....	40
Individuo, sociedad y especie. La humanidad, un puen- te entre vivos y muertos	45
El tiempo, la sociedad y el individuo.....	45
Solidaridad, confesión y secretos.....	48
La industria funeraria y la posteridad.....	51
La vida es una historia para recordar. Storytelling, me- moria y luto	61
Autobiografiarse.....	61
La memoria. Un puente entre muertos y vivos.....	65

La muerte en primera y en segunda persona	69
Nuestra muerte.....	69
La muerte de los demás y lo que viene a continuación	71
Morirse en el siglo XXI. Tabú, medicalización, muerte digna.....	77
Claroscuros en los avances de la medicina.....	77
La muerte hospitalaria. Las imposiciones del sistema. ¿Cómo nos gustaría morir?.....	79
La buena muerte, la muerte y la vida dignas. Obstinción terapéutica y tanatología	83
¿Es posible educar para la muerte?.....	85

Segunda parte

IDENTIDAD E IDENTIDAD DIGITAL

LA MUERTE, EL LUTO Y LA MEMORIA 2.0

Identidad e identidad digital en la sociedad del conocimiento.....	91
De la sociedad industrial a la sociedad de la información y del conocimiento	91
¿Morirse en red?.....	93
¿Qué es la identidad y la identidad digital?.....	96
Cómo se conforma una identidad digital. Elementos que la configuran.....	101
La identidad digital en la sociedad red y las redes sociales.....	109
Actitud 2.0 y redes sociales.....	112
Algunas recomendaciones a la hora de gestionar nuestra identidad digital en internet.....	114
¿Qué hacemos en la red?.....	118

La muerte, el duelo y la memoria 2.0. Dilemas técnicos, legales y culturales.....	121
Testamentos y herencias	121
Los derechos de autor y la propiedad intelectual.....	124
¿Qué ocurre cuando fallecemos con nuestra iden- tidad digital?	126
La muerte y las redes sociales.....	129
El testamento digital y otras recomendaciones para la gestión de la muerte en red.....	137
¿Testamento digital o reset digital?	137
Una ojeada a las prácticas y a los recursos exis- tentes	140
¿Qué opinan los inquietos digitales?	144
Guía para la gestión de la muerte digital.....	148
Un epílogo que no es un epitafio.....	151
Para más información	157

PRÓLOGO

La lectura de *¿Una eternidad digital?* me ha llevado a recordar el final de mi tesis de doctorado, *Saber el tiempo*, escrita hace más de treinta años. Hablaba sobre los cambios en la concepción del tiempo en nuestras sociedades y, en la última conclusión, comparaba la experiencia social del tiempo con la de la muerte. De hecho, la tesis intentaba relatar el proceso de desencanto —en el sentido weberiano— del calendario moderno y la desaparición de la fiesta como tiempo sagrado que daba sentido al transcurso del tiempo ordinario, y su sustitución por un tiempo libre llamémosle «secularizado». Ante este argumento, el proceso paralelo de desencanto de la muerte, su «secularización» con la correspondiente pérdida de sentido y la necesidad de esconderla convirtiéndola en tabú, encajaban perfectamente con mi relato.

Sin embargo, quizá movido por la terca voluntad de no dejarme atrapar por la obviedad, al final ponía de manifiesto una paradoja que convenía no perder de vista. El tabú de la muerte sólo se aplicaba a la propia muerte, mientras que, en cambio, la muerte ajena se convertía en un espectáculo omnipresente. Lo que permitía esconder la propia muerte, paradójicamente, era su banalización en el espectáculo mediático. En el caso de la fiesta sucedía lo mismo: la muerte

de la fiesta, cuando la entendíamos en su sentido amplio, quedaba enmascarada por una sociedad del ocio, también banal y omnipresente, que convertía el ocio, el fin de semana y las vacaciones —literalmente, un tiempo vacío— en su máxima referencia. Finalmente, y probablemente con un exceso de ingenuidad, intentaba resolver esta tensión paradójica de la ocultación a través de una sobrerrepresentación banalizada, sugiriendo si no sería esa misma «espectacularización» —de la fiesta y de la muerte— la que acabaría produciendo un nuevo reencanto de una y otra. Tenía muy presentes las palabras de Max Weber al final de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* sobre quién habitaría en el futuro la «jaula de hierro» de una sociedad desencantada. La cuestión, como decía Weber, era si aparecerían profetas nuevos y un renacimiento de los ideales y el pensamiento tradicionales, o si se produciría «una petrificación mecanizada adornada con una especie de autobombo crispado», que justificaría que se nos aplicase la sentencia «especialistas sin espíritu, sibaritas sin corazón: son un cero a la izquierda y se imaginan que han llegado a una cima que la humanidad aún no había alcanzado». O las dos cosas a la vez.

En aquel momento me pareció encontrar una buena solución a la paradoja —y una sutil provocación para una tesis de doctorado— en el cuento popular *El médico carbonero*, deliciosamente recogido por mosén Esteve Casaponce, nacido en Ceret en 1850. Allí, la vida de cada uno está representada por un cirio que se va quemando, custodiado por la Muerte. Cuando el cirio se acaba o se apaga, la Muerte va a buscar al propietario del mismo para llevárselo. El carbonero médico Galdric quiere eludir el final haciendo perder el tiempo a la Muerte con diversos pretextos. Sin embargo, finalmente la experiencia de una muerte ajena, es decir, el espectáculo de la muerte, devuelve la iniciativa a la Muerte y ésta aplica inexorablemente el plazo dictado por el cirio a Galdric. ¡Era un final lo bastante abierto para un ejercicio académico!

Sin embargo, ahora, la lectura del excelente ensayo de Miquel Pueyo y Ernest Benach me ha obligado a repensarlo todo. Por un lado, el relato sobre la historia de la cultura de la muerte desarrollado en la primera parte actualiza el punto en que yo me había quedado. Y, por otro lado, el espectáculo de la muerte queda superado por la novedad que representa la perdurabilidad —no me atrevo a hablar de una nueva «eternidad»— en la vida digital, que, por el momento, es parecida a una de esas velas de cumpleaños que no se apagan por mucho que se sople. Una vida y una identidad digitales que, ahora sí, se burlan de la señora Muerte.

Creo que sería injusto no reconocer que en los últimos años se ha avanzado mucho en el combate contra el tabú de la muerte. Los autores se refieren a ello, por ejemplo, cuando hablan del trabajo que se ha hecho en el ámbito hospitalario, en el de la bioética mediante las regulaciones para una muerte digna y en el testamento vital. La literatura, los libros de autoayuda —incluidos los dirigidos a los niños—, las artes plásticas, la música y el cine también han realizado magníficas reflexiones sobre la experiencia de la muerte combatiendo el tabú que suponía. La prolongación de la esperanza de vida y la proliferación de nuevas enfermedades degenerativas, especialmente las que afectan a la memoria y destruyen la identidad de la persona en vida, nos han obligado a revisar nuestra relación con la muerte. Es decir, no sólo el espectáculo de una muerte banalizada en un telediario, en una película de guerra o en una serie televisiva de crímenes, sino el espectáculo sólido sobre la muerte que provoca la reflexión introspectiva, han sido abundantes y consistentes.

Sin embargo, ahora se añade una nueva dimensión que el ensayo aborda de forma detallada en la segunda parte del libro. La existencia de una vida paralela en la red, con todo el debate que arrastra sobre su naturaleza social, hace que la muerte física se desvincule de nuestra supervivencia virtual. La primera provocación de las identidades virtuales es la

que ejercen sobre la que hasta ahora era una concepción de la identidad «real». Y es que, también en la vida física —lo prefiero en vez de «real»—, la identidad era una construcción hecha mediante la utilización de elementos ficticios. De este modo, la identidad digital pone en cuestión la identidad social de la que, en realidad, sólo es una extensión ahora inseparable. Pero la segunda provocación, y la que aquí nos interesa, es la de la dificultad de borrar el rastro de lo que somos y de lo que hemos sido. O, incluso, como en un nuevo episodio de Frankenstein de Mary Shelley, de la posibilidad de que a partir de nuestros despojos virtuales se nos resucite en un mundo del que físicamente ya no formamos parte.

Ante esta perspectiva, conceptos como últimas voluntades o testamento vital se quedan cortos o adquieren nuevos significados. ¿A quién dejamos la gestión de nuestra supervivencia digital? ¿Es necesario prever un testamento ante notario no sólo de lo que hemos dejado en vida, sino también para todo lo que nos sobrevivirá? Ahora que ya creíamos tan poco en otra vida, en un Cielo luminoso, ¿acabaremos prisioneros en los limbos de una nube gris en el ciberespacio? ¿Qué queda de la memoria que hemos querido mantener en la privacidad mientras éramos físicamente vivos y que ahora puede quedar desvelada en la otra vida digital? ¿Qué se hace con ella? Y, quienes nos sobrevivan, ¿cómo podrán escenificar el duelo y ritualizar la despedida, si como finados seguimos dando muestras de vida en la red? Ahora que, con la incineración, podían esparcir nuestras cenizas y hacer desaparecer el cuerpo, ¿podrán hacer un reset de nuestro espíritu en la red que nos entierre definitivamente?

Todas estas cuestiones, y más, están analizadas en esta obra tanto en lo que se refiere a la vertiente ética y filosófica como a la práctica, con el añadido de una breve «guía para la gestión de la muerte digital». Ahora bien, dada la aceleración en los cambios que se producen en este nuevo mundo y las iniciativas para ordenar su funcionamiento, también legalmen-

te, me atrevo a hacer una recomendación final a sus autores. Este libro debería tener un último capítulo en la red, para ir añadiendo las novedades que se produzcan tanto en el ámbito teórico como en el práctico. Es decir, sobre todo, la guía debería quedar abierta. Quiero decir con ello que este libro no debería morir en la repisa de ninguna casa ni de ningún establecimiento, sino que los autores harían bien en hacerlo sobrevivir en su edición impresa con un apéndice digital que nos fuese advirtiendo de los nuevos desafíos y posibilidades que nos deberían permitir, invirtiendo los términos del título original, determinar una «hora cierta» física para una «muerte incierta» digital.

Salvador CARDÚS ROS

AGRADECIMIENTOS

A Eva Esteve, quien ha realizado una contribución decisiva a la revisión del texto definitivo de este libro, y quien nos ha dado más de un consejo providencial.

A Anna Agustí, sin cuya insistencia y ayuda no hubiésemos acabado a tiempo este libro.

Al Dr. Joan Vinyes, ex rector de la Universidad de Lleida, cirujano y humanista, que desde un principio nos ofreció apoyo e información, y a Anna Jiménez, del Hospital Arnau de Vilanova, quien compartió con nosotros su experiencia en el sector de las curas paliativas y la asistencia integral.

Al Dr. Emili Junyent, arqueólogo, quien nos hizo algunas aclaraciones sobre la mentalidad prehistórica y sobre la influencia del control del fuego en el momento de contar historias y de reforzar la individualidad de cada ser humano.

A Josep Bargalló, Montse Palau y Marina Llansana, quienes compartieron las primeras conversaciones sobre este proyecto, nos animaron a sacarlo adelante y nos hicieron algunas sugerencias interesantes.

A nuestros inquietos digitales de referencia: Meius Ferrés, Marta Abella, Xavier Menduiña, Guillem Ramos-Salvat, Xavier Peytibí, Ivan Rodon, Mar Camacho, Natàlia Touzon, Joan Carreras, José Antonio Donaire, Trina Milan, Jordi Vilanova,

Albert Cuesta, Saül Gordillo y Albert Medrán. Con ellos y ellas, activistas digitales que han reflexionado sobre la fuerza social de la red y que han contribuido a consolidar este espacio tan potente que es el 2.0 catalán, hemos mantenido un diálogo por correo electrónico, a partir de un pequeño cuestionario, en el que han participado con la generosidad y la apertura que caracterizan a la gente 2.0. Sus aportaciones nos han sido extraordinariamente útiles.

A los alumnos que participaron en el curso *Mors certa, hora incerta*. Una aproximación social, médica y comunicativa a la vida, la muerte y el luto en la sociedad humana, que los autores impartimos, junto con Joan Vinyes, Anna Jiménez y Joana Soto, el mes de julio de 2012, en la Universidad de Lleida, y quienes compartieron generosamente sus experiencias y nos ayudaron a modular el tono de nuestra reflexión.

JUSTIFICACIÓN

¿Con qué otros sentidos haréis que vea
este cielo azul por encima de las montañas,
y el mar inmenso, y el sol que brilla por todas partes?
Dadme en estos sentidos la eterna paz
y no querré más cielo que este cielo azul.

Joan MARAGALL

¿Por qué a los autores, amigos desde hace casi treinta años, unidos por aquel vínculo que Cicerón decía que debía ser probado *in re incerta*, en los momentos difíciles, se les ha ocurrido reflexionar juntos o al mismo tiempo sobre la muerte? De entrada, nuestra intención era aproximarnos al tema de la muerte —descrita por los médicos como el fin permanente de las funciones biológicas que definen un ser vivo— desde un punto de vista más sociológico y comunicacional que filosófico, y mucho menos médico o religioso. Sin embargo, en un tema tan complejo y tan trascendente como este es casi imposible no tomar de vez en cuando caminos secundarios y senderos, tentación justificada (o así lo esperamos) por la implicación de los autores del ensayo con el tema y porque creemos que los lectores y lectoras, en este caso, deben tener la sensación de que alguien respira y vive a su lado. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tendría ponernos a meditar sobre la muerte y pretender quedarnos al margen, como si pudiéramos hablar de ella sin asumir nuestra relación con el tema, como si no la hubiésemos vivido de cerca o tuviéramos la esperanza de rehuirla?

Tal vez no sabremos dar una respuesta a plena satisfacción de los lectores y lectoras que se pregunten por qué hemos decidido meter las narices en este tema, pero, como es legítimo

que lo hagan y como los autores pretendemos convencer sobre la naturalidad y la conveniencia de pensar sobre la muerte, daremos tres buenas razones para ello o, por lo menos, las tres razones que nos han empujado a escribir este libro. En primer lugar, nuestra edad nos ha permitido vivir la experiencia dolorosa y a la vez cargada de significado de la muerte de personas queridas, y así como la propia muerte constituye una experiencia fuera de nuestro alcance —nadie ha vuelto para explicarnos cómo es ni para desvelarnos el dilema de la apuesta entre la desaparición definitiva y la inmortalidad—, es innegable que la muerte de los demás nos provoca dolor, pero también puede ser objeto de sociología y de reflexión. En segundo lugar, sentimos una curiosidad humana y metafísica por este misterio que aproximadamente desde mediados del siglo xx ha sustituido al sexo como tabú capital en las sociedades occidentalizadas. En tercer lugar, existe un motivo que aún casi no ha sido explorado y que tiene que ver con la emergencia de nuevas fórmulas de sociabilidad, de interacción y de pervivencia, ligadas a la sociedad 2.0, y que creemos que hay que empezar a interpretar, porque estamos convencidos de que también en el ámbito de la vivencia de la muerte humana, del luto y de la memoria, como en tantos otros, provocará cambios sustanciales.

Vivimos, desde hace unos años, instalados de lleno en la sociedad de la información y del conocimiento, y los valores de esta sociedad, que son diferentes a los de la sociedad industrial, han cambiado radicalmente muchas de las formas de comportamiento social, económico e incluso político. Hoy internet está presente en nuestras vidas en todos los niveles que podamos imaginar: es una herramienta para los negocios, sirve para adquirir cualquier producto de consumo, para aprender, para estudiar una carrera universitaria, para jugar, para encontrarse y para enamorarse, para reservar restaurante o para planificar las vacaciones, para leer el periódico o para ver la televisión. Internet nos facilita ir al cine o traer el cine

a casa, encontrar y escuchar la música que queremos prácticamente sin limitaciones... Y, evidentemente, internet tiene un papel muy importante en la expresión y la difusión de la creatividad humana, tanto si hablamos de música como de libros, de películas, de artículos, de blogs o de webs. En resumen, gracias a la red la información y la creatividad circulan hoy sin fronteras y a más velocidad que nunca.

Una consecuencia directa de este fenómeno es el hecho de que actualmente tenemos una doble (o múltiple) identidad. Por una parte, la de toda la vida, aquella que algunos basan en un documento de identidad y que nos permite gozar de los beneficios del Estado del bienestar, abrir cuentas corrientes, conducir coches y motos, ir a votar el día de las elecciones, etcétera. Y otra que aún es una gran desconocida, pero que, quien más quien menos, empieza a tener bastante desarrollada: la identidad digital. Y ya no sucede únicamente que se pueda dotar a la identidad digital de una cierta oficialidad a partir de un chip y de las contraseñas pertinentes, sino que la identidad digital es también —y quizá sobre todo— lo que hemos hecho, construido y opinado en la red, y también todo lo que se ha dicho de nosotros o con nosotros, ocupe muchos o pocos bits.

Cuando alguien muere, su identidad desaparece y existen una serie de formalismos que deben cumplirse. Desde este punto de vista, el negocio de las funerarias siempre ha sido uno de los más solventes. En cualquier caso morir también significa, lógicamente, dejar de pagar impuestos y renunciar a los beneficios que la sociedad nos otorga si tenemos la suerte de vivir en alguno de los países de lo que llamamos el primer mundo. Si dejamos alguna herencia, nuestros herederos recibirán lo que les hemos legado tras pasar por el cedazo de la hacienda pública y de acuerdo con las normas impositivas y jurídicas de cada país. Aquí también existen tradiciones que vienen de lejos, y si no hemos redactado un testamento las mismas normas, en algunos casos ancestrales, dejarán claro qué se hace con nuestros bienes.

Pero, ¿y la identidad digital? ¿Cómo afecta la muerte a la identidad digital? ¿Qué ocurre con todo lo que hemos vertido en la red y que a lo mejor podemos encontrarnos con que legalmente es propiedad de un individuo que vive a miles de kilómetros de distancia y con quien no hemos intercambiado nunca ni siquiera un correo electrónico?

Actualmente, el mundo de las redes sociales se ha extendido por todas partes como una gran mancha de aceite. A partir de una generación determinada nos costaría encontrar a alguien que no tenga un perfil en Facebook o en Tuenti, que no haya abierto una cuenta en Twitter o que no esté en LinkedIn a la búsqueda de un trabajo mejor o una oportunidad para hacer negocios. Aficionados a la fotografía tienen su álbum de fotos (las familiares y personales, y las artísticas) colgadas de la nube, y en nuestro canal de Youtube guardamos lo que nos gusta pero también aquellas imágenes que, habitualmente con poca destreza pero con mucha ilusión, hemos conseguido grabar y editar. Incluso aquellas personas que no han hecho en su vida nada de todo esto, ya sea porque vivieron antes de internet o al margen de ella, también han dejado su huella en la red, o incluso podríamos decir que han sido resucitadas virtualmente, si no escandaliza la expresión, a causa de las actuaciones de sus amigos, familiares, administraciones, asociaciones y medios de comunicación.

Y todo eso, ¿dónde va a parar? ¿Qué se hace con ello? ¿Quién es el propietario? ¿Quién tiene los derechos? Del mismo modo que la sociedad de la información nos otorga una identidad digital que poco a poco empieza a definirse con derechos y deberes, y con normativas incluidas, la sociedad acabará convenciéndose de que también existe una muerte digital y ésta, hoy por hoy, más que en una nube, la encontramos aún inmersa en una gran nebulosa.

Es cierto que las grandes compañías empiezan a plantearse soluciones para las personas que han fallecido y tenían un perfil abierto en alguna red social. Facebook, por ejemplo,

reconvierte los perfiles en memoriales donde todo el mundo que lo desee puede recordar o glosar a la persona muerta. En Google, si se demuestra un parentesco con el finado y se había intercambiado correspondencia con él, se da la opción de acceder a su cuenta de correo electrónico, mientras que Yahoo no lo permite de ninguna manera. Cabe señalar que también debería saberse cuántas de las cuentas de correo de estas grandes empresas pertenecen a identidades reales o a identidades virtuales... Todo ello, pues, nos sitúa en otro terreno de juego sobre el que queremos profundizar. Al fin y al cabo, si las funerarias son un buen negocio en la muerte tradicional, en la muerte digital ya han empezado a plantearse proyectos empresariales que van desde la realización de homenajes al envío de condolencias o, si se ha sido lo suficientemente previsor, al aviso a las personas de una lista previamente preparada cuando llegue el fatal desenlace. Great-goodbye, Slightly Morbid, Deathswitch/LasPost, My Last Email son sólo algunos ejemplos de estos nuevos negocios surgidos en torno a la muerte digital.

Efectivamente, somos contemporáneos de la era digital y la eclosión de la web 2.0, miembros de una sociedad red, como la ha descrito el profesor Manuel Castells, y este libro también ha sido realizado, en parte, en red y utilizando los recursos que la misma nos aporta. Somos profundamente conscientes de los valores y las capacidades del ser humano en todas las épocas, ya sea descubriendo la agricultura o actuando como un perfecto homo digital, y tan errónea nos parece la excesiva medicalización del último acto de la vida como la tendencia de las sociedades occidentales contemporáneas a expulsar la muerte del espacio público y a disimular este ingrediente capital de la condición humana que ha sido y es su cualidad de mortal. «Morir, que no forma parte de la muerte sino de la vida, es la conclusión de esta narración, y el tiempo que precede a la muerte es nuestra última oportunidad para encontrar significado a la historia que está a punto de acabar»,

nos recuerda el escritor británico Julien Barnes en su ensayo Nada que temer.

Sin embargo, en realidad las cosas tal vez funcionan de forma diferente, y aunque casi todos querríamos morir de una forma adecuada y digna, después de haber tenido ocasión de despedirnos, saldar cuentas, excusar y pedir excusas, nos tenemos que perdonar si finalmente la escenografía y el guión de nuestra muerte no están a la altura de nuestras expectativas. A todos nos gustaría gozar de una «buena muerte»: digna, bella, dulce. Algunos la preferirían rápida o súbita, mientras duermen... No podemos asegurar si se producirá de esta forma o de otra, puesto que no podemos predecir ni el cuándo ni el cómo —aparte de lo que dejemos dispuesto en nuestro testamento vital, o de la humanidad de quienes estén con nosotros cuando llegue el momento— y, por lo tanto, difícilmente podemos entrenarnos para el instante supremo ni saber por adelantado si lo afrontaremos con serenidad o con miedo.

Del mismo modo que lo era para nuestros antecesores del Paleolítico —y como en cierta manera lo es también para los primates y los elefantes, en los que se ha observado la capacidad de manifestar duelo y de recordar a sus difuntos—, la muerte sigue siendo simultáneamente para la humanidad del siglo XXI un misterio y un acontecimiento cotidiano, un asunto individual y un hecho social, y a pesar de su naturalidad insoslayable no deja de trastornarnos, quizá porque se trata de la angustia más extrema, subterránea y lejana que nos ha amenazado desde siempre. Nuestra vida es como un rayo en la oscuridad; un instante precedido por la existencia de millones de hombres y mujeres que nos han preparado el camino y que han muerto, hasta cierto punto, por nosotros, para hacernos un sitio, para que podamos desarrollar nuestro proyecto vital y desaparecer sabiendo que de nuestra vida, incluso de la vida del niño desconocido asesinado en Auschwitz, siempre queda algo, y que la muerte, al poner límites a nuestra existencia,

da sentido a cada instante y un significado a cada vida. Si pensamos un poco en ello nos daremos cuenta de que sólo la inmortalidad sería aún más terrible que la muerte, entre otras razones porque haría inviable la continuidad de la especie y nos convertiría en seres sin proyecto ni sentido. Con la aparente dureza característica de su expresión, el filósofo alemán Arthur Schopenhauer, previniéndonos contra la tentación del deseo de inmortalidad, venía a decir que cada individuo es un error especial, una equivocación, y que el verdadero sentido de la vida es librarse de ella.

Debemos reconocer que cuesta mucho encontrar personas que no se sientan violentas hablando de la muerte, que no lo encuentren morboso o macabro o que, sencillamente, prefieran no hablar de ella, como si decir las cosas por su nombre les provocase una angustia insuperable o experimentasen la desazón de cruzar una frontera marcada por supersticiones y presagios. Nos fascina hablar de dietas, de fútbol, de política, de nuestras proezas atléticas, de nuestros hijos, de nuestro trabajo... pero no nos gusta demasiado hablar del único acontecimiento de esta vida, junto con el nacimiento, por el que tendremos que pasar absolutamente todos, sin ninguna excepción. Es cierto que mientras somos jóvenes difícilmente pensamos que algún día nos tocará morir, salvo que la experiencia de la muerte de un familiar o de una persona querida nos golpee singularmente.

Este tema se encuentra magníficamente desarrollado en una breve obra publicada en 1827 por William Hazlitt, el mejor ensayista del romanticismo inglés, que constituye una admirable reflexión sobre la vida y la muerte, afrontada esta última «con una resignación elegante», y que precisamente lleva por título *Sobre el sentimiento de inmortalidad en la juventud*. Con el paso de los años, y puesto que no sabemos cuándo ni cómo nos llegará la hora —mors certa, hora certa sed ignota, según la conocida sentencia latina—, podemos llegar a preguntarnos si es imprescindible morir, si no podría

suceder que la muerte se hubiese olvidado de nosotros o nos hubiese concedido un trato especial. Con ironía, el escritor norteamericano de origen armenio William Saroyan expresó esta duda en una carta dirigida a sus herederos: «Todos tenemos que morir, pero siempre me había parecido que en mi caso se haría una excepción.» Y si la muerte no nos espera antes, será la vejez avanzada, si llegamos a ella, la que nos acabe conduciendo por cansancio a un abandono que no tiene por qué resultar vergonzoso ni ser considerado un fracaso.